

## UN IDEAL

El mozo hizo saltar ruidosamente el corcho de la quinta botella, y la onda rubia del champaña, con su alegría sonora, con su hervor efímero de espumas, fue llenando las anchas copas de cristal.

Los tres amigos acababan de almorzar en aquel hotel inmediato al mar. Rafael y Ernesto, excelentes muchachos sencillos y francos, habían sentido pronto el entusiasmo expansivo que da el mucho vino cuando se bebe en la intimidad de una comida amistosa. Sólo Carlos, el eterno hastiado, el soñador extraño, estuvo durante el almuerzo, como siempre, silencioso, pensativo, ensimismado, oyendo distraído con su sonrisa triste la conversación bulluciosa de sus compañeros. Y en su afán constante de cambio —afán motivado por su incurable hastio— propuso abandonar el comedor y finalizar el almuerzo con champaña en la terraza del hotel donde estaban instalados, en torno a una mesita, junto a unos tiestos de flores, frente al mar. El sol comenzaba a descender del cenit; un gran sol crudo, incendiario, a cuyas ondas de fuego palidecía y llameaba el azul virgen del firmamento y el mar, inmóvil y blanco, adquiría reverberaciones metálicas, como de acero bruñido. El aire, cálido, pesado, semejante a la respiración de una enorme bestia dormida, ondulaba lentamente. Y bajo el intenso bochorno de la naturaleza, las flores de los tiestos desfallecían y exhalaban a toda prisa sus almas, que saturaban el ambiente de un perfume penetrante y fatigoso.

¡Oh —exclamó Rafael, en quien el champaña producía sentimientos líricos—, Carmen es la vencedora de mi corazón. La adoro porque es soberbia e impasible como una diosa. No le he hablado nunca... No importa: para mí hay un goce inmenso cuando

la contemplo; allá de pie en su balcón, en toda su gallarda y altiva serenidad. Y en estos momentos quisiera estar en los hermosos tiempos de la Atenas, de los dioses y de los poetas. De la Atenas artista, para cantar a mi amada un himno, un himno de aquellos rítmicos hexámetros, un himno inmortal, al son de la divina lira!

Yo —dijo Ernesto— no comprendo estos platonismos. Soy más práctico. Mi Adela no tiene impasibilidad de Diosa. Es absolutamente humana: una virgencita hechicera y vivaz a quien amo y de quien soy amado. Y no creo que haya nada más delicioso que las presiones furtivas de manos, que las miradas rápidas, henchidas de caricias aladas, y que un ¡te amo! dicho en voz baja y vibrante, cuando en la sala plena de visitas hablan los demás animadamente, olvidados de nosotros, que bendecimos en secreto ese olvido.

Y yo —dijo Carlos, saliendo de pronto de su ensimismamiento y convirtiendo la mirada de sus ojos claros a su copa vacía— os envidio porque amáis, pero no puedo ser como vosotros. Tu amor, Rafael, es para mí inadmisibile porque es demasiado inmaterial. El tuyo, Ernesto, me fastidiaría porque es demasiado uniforme, demasiado monótono...

¡Ah la mujer como yo la sueño! una mujer con la belleza poderosa e inmaculada de una Venus virgen, de una Venus casta, de una Venus ideal. Y en la urna maravillosa de ese cuerpo, dentro de esa carne, cándida y cálida como mágico mármol, que se encerrara una alma ardiente como los soles africanos y tierna como un suspiro de brisa en la noche tranquila. Un alma inteligente, comprensiva, delicada, exquisita y soñadora; toda abnegación, toda sensibilidad, toda pasión con el amado, y toda indiferencia, toda frialdad, toda desdén con los demás hombres. Que viviendo esa vida finisecular, esta vida actual tan febricitante, tan llena de excentricidades y refinamientos, a veces encantadores, a veces perversos, tuviera esa inquietud morbosa, ese anhelo de sensaciones sutiles e inauditas; esas melancolías, esas nostalgias, esas tristezas, extrañas, indefinibles y al mismo tiempo hondas y dominadoras; en fin, todo lo que es como una quinta esencia, amarga, pero sublime, del alma moderna. Que conociera el vicio —el vicio con todas sus bellezas mentirosas y enervantes, con todas sus as-

querosidades aparentemente bellas— ya por enseñanzas objetivas, ya por lecturas de los escritores enfermos y conociendo el vicio en su forma seductora y atrayente que lo aborreciera, le repugnara y fuese púdica y pura, perfectamente virtuosa por naturaleza, por convicción y no por ignorancia, pues la virtud que ignora es incierta, insegura, eventual, susceptible de sucumbir al toque de las pasiones de la carne como el diamante falso al choque de los cuerpos duros... Sí, un alma única; complicada e ingenua; mezcla exquisita de rarezas y sublimidades adorables; ¡oh!, a una mujer así, con la doble belleza de su cuerpo y del alma, yo la amaría, la adoraría como un místico exaltado de la religión del amor que viera en ella su deidad exclusiva y soberana. Y sólo una mujer así podría amarme como yo deseo ser amado, inmensamente; porque ella sí me comprendería, porque ella sí sabría leer en lo más sensitivo, en lo más íntimo de mi espíritu; y ¡bendita mil veces! sería la consoladora persuasiva de mis pesares.

—Diablo. ¡Qué raro es este Carlos!, dijo Ernesto rompiendo el mutismo en que habían quedado todos en voz para ser escuchada tan sólo por Rafael. Una mujer semejante no la encontrarás nunca, quizás. Y con esas ideas y ese carácter incomprensible que tienes es difícil que te ame cualquiera de nuestras virgencitas, que gustan más de los hombres alegres, decidores, de los que saben deslizarles al oído hermosas frases galantes. Lástima en verdad que tenga un temperamento tan extraño; porque en los momentos que domina su carácter y sepulta sus ideas en el fondo de su espíritu misterioso es un chico simpático, amable, insinuante, y será entonces menos sincero, pero es en cambio más encantador.

—Yo le prefiero —contestó Rafael en el mismo tono— como es ahora, como es siempre con los dos, con quienes no se ve jamás en la obligación de fingir, de ocultar su verdadero modo de ser, pues sabe que le queremos como a un hermano..., como a un hermano triste, que necesita consuelo, que necesita cariño, mucho cariño, porque, ¡desgraciado!, cruza la existencia bajo el peso abrumador de sus ideas, de sus sueños, de sus aspiraciones imposibles.

Y ambos envolvieron en una mirada cariñosa y compasiva a Carlos. Este, vuelto a su abstracción, tendía de nuevo el fulgor melancólico de sus pupilas hacia el horizonte marino, inundado de sol. Allá, muy cerca de la curva, de un azul pálido y luminoso.

una vela blanca se alejaba, disminuyendo y deformándose por instantes. Y Carlos contemplaba aquella silueta blanca, vaga, sugestiva; la contemplaba fijamente, tristemente, como si ella fuese para él la visión de su ideal de amor, que, al conjuro de sus palabras, había surgido del mar e iba poco a poco perdiendo su forma, inacible, extrahumana, en el infinito del cielo.

*El Cronista*, núm. 1.996, año XVIII, serie XCV, 10 de octubre de 1895.

## LA NUEVA LEDA

*A Jorge Lavalle Cobo.*

—La tarde está linda, mamá; hoy no siento ninguna fatiga, no he tosido desde esta mañana... ¿Ves? Respiro muy bien y creo que pronto estaré buena. Déjame ir a Palermo: no es día de corso y el paseo no podrá ser mejor..., te lo aseguro.

La madre contempló a la hija con la angustiada mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demacración terrosa del rostro de la joven aparecía difundida una leve aurora; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada animación, cual si en aquel organismo, corroído por la tisis, comenzara a realizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fue concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoroso tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluido mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral; sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva e imprimía a sus músculos agilidad y fuerza... Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar a su lado a alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas hacía varios años. El mal se inició durante el paso peligroso de la infancia a la pubertad, y su manifestación más significativa fue una melancolía constante que la retrajo de todo trato social. No se le veía desde la época en

que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedor belleza. Así, atravesó en su victoria, inadvertida, por entre los concurrentes de Palermo y fue a situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina...

Y en la tarde declinante el lago esplendía como un espejo en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejeaba en el vacío y descendía a posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos e intermitentes, llegaban el ruido de los carruajes, el rehilar de las bicicletas o el murmurio de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un momento, recobraba su imperio; y entonces, en su mutismo, vibraba más clara y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua, y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improviso, en un recodo del lago, muy cerca, surgieron dos cisnes; avanzaron e inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; el otro negro como terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes... Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, perezosa, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta, furtivamente, le extrajera de los pulmones pequeñas dosis de aire. El cisne negro la entristecía, sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuorio y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia su ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando, años antes, viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en París, o en Roma, o en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían bañadas en una luz blanda. El cuello del ave se estiraba hasta el rostro y su pico

posábase en la boca, audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos ... Aquel cuadro, mirado con indiferencia infantil, había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña, y de su estado latente pasaba ahora a evocación activa, cristalizándose, lleno de revelaciones..." ¡Qué dulzura suprema —pensaba Julia— la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro!

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió a recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas la detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquiera otra parte. Sin embargo, y a pesar del abrigo, un escalofrío más recio le flotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienas adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía violentamente; empero, el dolor escapaba a su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluida de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo... Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidieron, perdiendo sus perfiles y contornos. Luego se borraron, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos sólo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era normal. Así lo comprendió Julia. Diose también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso a la casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta a toda acción física, cerró, resignada, los ojos, al peso insostenible de los párpados... Entonces, a través de ellos —cual si fuera sustancia traslúcida— vio operarse una como representación teatral, en la que, a un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejante a una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero a ratos colábase por entre ella hilos finísimos de un líquido más denso, un líquido congelante, a cuyo roce el cuerpo le tiritaba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol enorme, níveo, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera, y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centrípetos. Verificaba la aproximación despacio, en silencio. A medida que se acercaba, engrandecía brillantándose su blancura hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto a ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provocándole una transpiración copiosa. En seguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendiéronse y empezaron a abanicarla rítmicamente... Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera inofensivos: antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco a poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire, removido por aquel inmenso abanico, carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fue odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar delante de los ojos de ella —de nuevo abiertos, caxi exorbitados— alargó los brazos para asírsele, y apretárselo, y retorcérselo; para, a su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle con usura todo su sufrimiento ...

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: sus manos se agitaban en el espacio, persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasqueaba siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en un zigzaguear tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin, cansada, abatió los brazos recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa víbora blanca

—la cual, después de oscilar burlona ante su vista, le reanudaba en los labios la horrible succión del aliento— convirtió los ojos a lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aquella techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, recta, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así, erguida, el malestar interno seguía su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, trasmutando el aire, enviándoselo en ondas crecientes de gas asfixiante. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío...

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura, la obligó a bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva... La miraba agresivo, dardeándola con sus pupilas fosfóreas en centelleos malignos. Luego, el pico volvió a penetrarle por el seno izquierdo, taladrándosele, y empezó, dentro, a hurgarle en el pulmón, a mordérselo, a desgarrárselo, deshilachándosele fibra por fibra con parsimonia feroz. El suplicio de ella era horroroso y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia...

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura cuando he ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, a la vez, lúgubre y espléndido. Y a su presencia el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante... “Este viene a seguir más cruelmente la obra del otro” —se dijo Julia, desesperada—. Pero, ¡oh, prodigio!, el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternos, con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron y le arroparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella comunión de sus cuerpos infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anestesiaba el pecho, se lo untaba como de un bálsamo maravilloso y le desvanecía todos los dolores, todas las angustias, todos

los tormentos ... En tanto, no se apartaban de los suyos los ojos del ave, llenos de no sabía qué ultraterrena ternura. Después, el pico la besó en la boca... y Julia sintió que deliciosamente se dormía.

Fue el beso piadoso de la muerte...

## INTANGIBLE

### I

Aquel año, en Mar del Plata, durante la temporada veraniega fue a habitar un chalet, situado en la colina sur, una señora de apellido patricio, con su hija única. Como desde su viudez, doce años antes, vivía en el más severo retraimiento, eran ellas desconocidas de la gente joven, a quien la febril existencia de los centros populosos hace olvidadiza para con todos los que desertan de la exhibición cotidiana.

Los paseantes solteros, al ver al principio a la niña invariablemente asomada a una de las ventanas, en el tiempo del crepúsculo, con todo el busto visible, volvían asombrados: nunca imaginaron belleza tan perfecta. Pero ese asombro les impulsaba a indagar y la indagación les traía un desencanto. Aquella cabeza y aquel busto pertenecían a una inválida, cuyas piernas —según lo afirmaron las consultas médicas— las inutilizaba una paraplejía incurable.

Y esto era exacto.

En efecto, la señora Mercedes García de Gutiérrez agotó lo posible terrestre, para detener el curso de esa parálisis de origen medular, terriblemente precoz, lúgubre legado paterno de venenos absorbidos durante una juventud tormentosa y conservados en estado latente hasta la violenta explosión mortal. Pero en Europa, como en Buenos Aires, visitó en vano con la miseria doliente de su hija a los más afamados facultativos: el mal no tenía remedio; y pronosticaron todos la incapacidad de la niña

En compensación de esta semimuerte, el busto adquirió en la época núbil un soberbio desarrollo, con el prestigio de la más admirable estatuaria, como si la vida se resarciera así de la estrecha y usurpadora vecindad de su enemiga. También el rostro acentuó la perfección de su óvalo, la pureza de sus líneas, resalantes bajo el negro lustre del cabello en la blancura de la piel, donde los ojos, del verde oscuro de las aguas profundas, fulguraban extrañamente. Tanta hermosura sobre tanta desdicha era como un sarcasmo horrible: evocaba una primavera, floreciendo sobre una tumba prematura.

Y dentro de ese cuerpo ruinoso y espléndido el espíritu de Elena vivía una vida intensa, una vida ardiente, llena de adivinaciones torturadoras, con intermitencias de rebeldía y de resignación siempre sombríamente mudas. Su educación fue esmerada (consejo médico para que el estudio y la lectura recreativa contrarrestaran la abrumadora obsesión de su enfermedad), y esa gimnasia del cerebro le afinó de modo extraordinario todas sus potencias. Pero a medida que se ensanchaban para ella los horizontes del universo interno sus padecimientos crecían, dándole la clarividencia amarga de goces imposibles, palpitantes en torno suyo con cruel ironía. Así, en ocasiones le asaltaba una ira sorda, un odio secreto contra toda aquella plenitud de dicha imaginada en los demás y la hubiera visto con gusto trocarse en sufrimientos más atroces que los de ella. Otras veces la vencía un hastío inmenso, absoluto, por la existencia, de uniformidad y desesperanza infinitas; y entonces el proyecto del anonadamiento voluntario se lo insinuaba en las ideas, persuasivo y fúnebre.

Por suerte, estas crisis de sus pobres nervios degenerados, si bien frecuentes con el avance de la pubertad, eran fugaces; y regresaba a su pasiva dolencia, sin que las formidables marejadas íntimas hubieran siquiera trascendido al exterior, sin que experimentara menoscabo alguno la belleza de su rostro, invulnerable a los sufrimientos. Sin embargo, desde hacía poco tiempo, después del período depresivo consiguiente a cada crisis, la reacción venía acompañada de una punzada cortante en la médula espinal. El empleo de la morfina fue necesario; y como los accesos no tenían ya fecha ni hora fijas, aprendió ella misma a inyectársela... cuando no lo hacía la anciana institutriz inglesa, cuyo semblante im-

pasible era el único que en todos los momentos soportaba la enferma. Porque su excesiva irritabilidad nerviosa recrudecía ante cualquier muestra de pena o de compasión, y ello obligó al fin a la señora Gutiérrez a dejarse ver muy poco de su hija; a sumirse más y más en su austero encierro, consagrada a ejercicios religiosos e ignorante, en su sencillez moral, de las complicaciones dolorosas de aquel espíritu.

Y en Mar del Plata continuaron ambas su vivir solitario y triste.

## II

En la primera semana, las horas del balneario transcurrieron para Mario de Heredia como un torbellino de diversiones encantadoras, dentro del círculo mixto formado por el elemento soltero del Bristol. Tenía treinta años; su posición social era excelente; su familia nobiliaria; había hecho varios viajes provechosos por el extranjero —viajes de observación y de estudio—, y ahora acababa de publicar un libro, de mérito artístico indiscutido. Pero su labor, por lo densa y lapidaria, fue nociva a su temperamento nervioso; y aquella existencia marplatense, de impresiones ligeras, puramente físicas, ejercía en él una influencia regeneradora.

Su cerebro, calcinado por la labor pensante; su sangre, empobrecida por la existencia ciudadana, poco a poco se reconstituían, se vigorizaban, como con benéficos baños de frescura. Y al volver a la soledad del cuarto, el sueño nunca le era esquivo: sus músculos y su espíritu, en el descanso, se fortalecían, aperciéndose para empezar, con el mismo entusiasmo, el programa del día siguiente.

Gustaba también hurtar algunos ratos a la diaria reunión para entregarse a solas, en la playa, a contemplaciones objetivas, sin análisis, pues notaba que hasta los espectáculos más triviales eran ahora un deleite para sus ojos. Y desde las diez hasta las doce, sus retinas no recibían sino imágenes plásticas, en el cuadro bullente de la concurrencia veraniega. Bajo los toldos, sobre la arena, grupos de los dos sexos veían a los bañistas agitarse, desaparecer y surgir en las aguas espumosas. Por la Rambla, la multitud circulaba indiferente al sol. En los balcones y en las terrazas de las confiterías, otros grupos descansaban del ejercicio del baño.

Y dondequiera, en la gloria de la luz, el hechizo armonioso de los colores y de las formas, toda la risueña elegancia estival, ante la magnificencia del océano...

Pero aquella placidez de Mario fue efímera.

Entre las niñas del Bristol había una rubia y linda, novia en privado de un amigo temporalmente en Europa. El amigo, al partir, le pidió que la "atendiera" si iba él al balneario, punto habitual de veraneo de los padres de ella. En cumplimiento del pedido, la prefirió desde el primer día, cautivándole su inteligencia comprensiva, flexible, su imaginación brillante, su carácter pensativo, su mentalidad; en fin, exenta de todas las superficialidades del "eterno femenino". La preferencia, estrictamente amistosa, aumentó, y fue su compañero en los paseos y en los diálogos mixtos del salón de conciertos. Nada más natural... como asimismo las bromas que surgieron y los comentarios que las continuaron, por los cuales pasaban, él y ella, a la lista de los compromisos de ese año. Y Mario sintióse de nuevo invadido por su pesimismo social, generador en su alma de invencibles hastíos.

Fue entonces, una tarde, el noveno día de su llegada, cuando abandonó la Rambla, cuyo cinematógrafo invariable de multitud móvil le aburría, y se dirigió a una de las colinas del pueblo. Desde allí, el panorama circundante se le ofreció magnífico. A derecha e izquierda, otras colinas, cubiertas de verdes, alzábanse, salpicadas, a trechos, de casas. Abajo, la población se agrupaba risueña, en una mezcla de techos y azoteas, donde fulgían los rayos oblicuos del sol, próximo ya al ocaso. Más abajo aún, el mar, apacible, de un tinte azul índigo, era un cielo invertido frente a otro cielo...

La tarde desfallecía, y el caserío iba revistiéndose de formas indecisas. De la ventanas de vidrio de un chalet cercano saltaba la luz solar en chispeos sanguíneos. Distantes, los tres pabellones del Bristol erguían sus siluetas, ligeras y airoas, sobre el vasto escenario marino. Las nubes, en lo alto, diáfanas, viajaban pausadamente, cambiando de aspecto al cambiar los sitios... El sol apoyó su borde inferior sobre la cima de un montículo lejano. Allí permaneció unos segundos; luego, poco a poco, fue descendiendo, hasta ocultarse del todo, como tras una pira llameante. Y pareció aquél el momento esperado para la creación de una fabulosa taumaturgia.

Por la comba del firmamento se derramaba, descomponiéndose, una oleada de luz roja. La vida crepuscular se esparcía en infinita conjugación de matices; todas las fuerzas activas de la naturaleza quedaron suspensas, y formáronse con las nubes prodigios visionarios. Era aquello cual símbolos sobrenaturales trazados por la mano de lo desconocido. Del ocaso brotaban llamas cortas; adquirían las más caprichosas figuras, y se diseminaban, radiantes, por la atmósfera incendiada. Sobre la extremidad izquierda de la línea de occidente, un castillo de ónix, del período medieval, apareció y desapareció, reemplazándole amplio lago violeta, ceñido por playas de oro. Un templo helénico resplandeció en el levante. En el cenit, en medio de lujosos amontonamientos de tapices anaranjados, dibujóse con relieve plástico, un lecho de púrpura. Cerca del confín marítimo, grandes copos blancos, sobre manchas escarlatas, fingían hecatombes de osos polares. El océano copiaba en su tersura blanda, amortiguándolas y confundiéndolas, todas estas transmutaciones de tonos y formas. El lado norte ensombrecía su azul; el oriente era de violeta lánguido, y el pueblo entero, envuelto en un vapor rosado, se desplegaba como tras un portento lento, con la apariencia de una ciudad fantástica...

Desde el punto donde se hallaba, Mario asistía absorto, con ese especial recogimiento del artista, a todas aquellas magias crepusculares. Y en la necesidad de que alguien compartiera su admiración, paseó la vista en derredor. Allí, muy cerca, en una de las ventanas del chalet, contra cuyo muro él se recostaba, había una mujer, una niña, arrobadora. Estaba ajena a todo, sumergida en un ensueño, persiguiendo con las pupilas una visión vaga, una visión lejana, como fuera del horizonte sensible.

Hipnotizado, recogía Mario los menores detalles de la cabeza de Elena, las curvas más leves de su busto. Y permaneció en su éxtasis contemplativo hasta la desaparición de ella, brusca, disgustada sin duda por la insistencia de aquellos ojos... Era en el instante en que la noche concluía de borrar las coloraciones del poniente, disipándolas sobre abismo entenebrecido del cielo. Y Heredia regresó al Bristol, paso a paso, meditabundo, intrigado hondamente por esa belleza. Su alma griega, adoradora de la línea pura, la encontraba intachable. Se preguntaba quién sería;

más no se le ocurrió indagarlo, para evitar bromas y comentarios como los anteriores.

### III

Por cinco tardes consecutivas estuvo Mario estacionado junto al chalet. En sus veleidades artísticas estudió pintura, logrando ser un acuarelista pasable. Y se trasladaba a la colina, provisto de los útiles pictóricos necesarios, para explicar su permanencia allí a cualquiera curiosidad importuna... y aun a la suya propia, pues le habría sido difícil darse una respuesta satisfactoria, al interrogarse él mismo acerca de sus visitas. En verdad, ¿qué se proponía? La joven, aunque infaltable a la ventana, parecía extraña a la presencia del improvisado pintor. Tan sólo, la segunda tarde, dio indicios de advertirle: le miró un minuto fijamente, con algo como sorpresa cavilosa. Después, si por casualidad se abatia sobre Mario el resplandor fugitivo de sus ojos, nada leía en ellos, eran impenetrables. Y él llevaba ya hechas cuatro acuarelas, mediocres, se lo confesaba, y aquel paisaje, ya demasiado monótono, en adelante no le proporcionaría sino peores temas e inferiores cuadros.

—“Es preciso que la hable” —se dijo resuelto, camino de regreso.

Pero ¿cómo abordarla? Allí las etiquetas mundanas, era cierto, se modificaban en mucho; imperaba una modalidad llena de franqueza, familiar, propicia a las amistades súbitas. Pero esa franqueza se contenía dentro de la más perfecta cultura; cuyo límite nadie osaba traspasar; y habría procedido de manera incorrecta, grosera, dirigiéndole la palabra a una niña desconocida. Además, era muy raro no verla nunca en ninguno de los puntos de reunión de las familias veraneantes; y sus vestidos claros demostraban bien que no estaba de luto. Entonces ¿se trataba de una extranjera advenediza, o de una criolla de nacimiento plebeyo? En cualquiera de los casos, el asunto se hacía escabroso para un amor serio, formal, como debía ser el suyo, por su educación, sus tradiciones de sangre y lo severo de la sociedad en que actuaba...

—“¡Bah! —exclamó al fin, causado de aquel vano soliloquio—, lo indicado, lo racional, es averiguar quién es.”

Y agregó en seguida, arrepentido sin saber por qué, de tal razonamiento:

—“Sin embargo, jamás realidad alguna ha podido igualar a la químera que reemplaza...”

A la sazón entraba en su cuarto: decidió comer en él para evitarse la ida al comedor y la subsiguiente demora fuera. La noche se anunciaba tormentosa, y quiso aprovechar sus primeras horas, escribiendo algo. Sentía en los nervios esa actividad fluida, anunciadora de la gestación cerebral. En todo el tiempo de su permanencia en el balneario, no había tomado la pluma; las letras le hormigueaban en los dedos, y en su mente burbujeaban las ideas, con el ansia de la forma... En ese instante, un trueno tableteó a lo lejos.

—“Vendría bien la lluvia”— pensó Mario, abriendo de par en par la ventana de su cuarto, en el anexo del Bristol.

El día fue singularmente bochornoso. Hacia la tarde, espesas nubes, de un gris sucio y oscuro se desdoblaron en el cielo, descendiendo a un nivel opresor. El aire tenía pesadez sofocadora; y al comenzar del crepúsculo y en lo transcurrido de la noche, relámpagos continuos, en la negrura del espacio, describían culebrinas lívidas. El ambiente estaba electrizado; los truenos eran ya asiduos, y sobre la superficie marina, en el relampagueo parpadeante, veíanse arder espumas fosfóreas... Entre tanto, bajo la pluma de Mario las palabras galopaban en irrupciones fecundas; los renglones se nutrían; los párrafos se apiñaban y las cuartillas sucedíanse unas a otras, hora tras hora. De pronto, el cerebro elaborador quedó inmóvil, cual si en él acabara de efectuarse el vacío, mientras sacudían a Mario ráfagas húmedas. Cesó de escribir, substrayéndose a su reconcentración; llovía, llovía torrencialmente; un gran viento frío latigaba en las casas y los árboles; mil rumores confusos volteaban silbantes, y a ellos y al repiquetear de la lluvia sobre los techos, mezclábase un clamor bronco, profundo, potente, traído a intervalos por las rachas ventosas: era el océano colérico azulado por la tormenta.

—“¡Se desahoga también la naturaleza!” —murmuró Mario, cerrando la ventana para acostarse.

Durmió bien y se levantó con el cuerpo ágil y el espíritu risueño. La mañana ostentaba todo su lujo de estío. El cielo, lavado por la lluvia de la víspera, era de una transparencia cristalina. El sol esplendía en derroches de luz. El mundo despertaba rejuvenecido por aquella ducha abundante, por aquel masaje de viento; y gérmenes y savias, seres y cosas, latían con júbilo como en una transfusión de fuerza nueva, de vida sana, para unirse acordes a las aleluyas del universo...

Mario almorzó con apetito, disponiéndose luego a concurrir al salón, al olvidado círculo de jóvenes y de niñas, cuyo abandono se censuraba. Por unas bromas inocentes, sin consecuencia, pues con la vuelta a la ciudad todo terminaba, de sí mismo, ante el cambio de costumbres. Tenía que reconocer su tontería, agravada por sus idealidades vespertinas... ¿Primorosa? Indiscutible. ¿Una verdadera belleza? Tal vez. Pero en el cosmopolitismo bonaerense cundían tipos análogos, productos del cruzamiento de las razas, y nunca se le ocurrió enamorarse allá de alguno. Sí, estuvo ridículo: era preciso retornar a sus antiguos hábitos, rehacer su interrumpida existencia.

Y pensando esto, finalizó de almorzar. Después, previo un cigarro en la terraza, entró en el salón.

#### IV

Para Elena, la presencia de Mario, el primer día, cerca del chalet fue desagradable. Estaba ya harta de aquellas curiosidades masculinas, trocadas luego en indiferencia humillante, o en compasión impertinente. Una más, no hizo sino aumentar su enojo cimentado por su antipatía instintiva a ese sexo, libre y fuerte. Su conocimiento práctico de los hombres era casi nulo: médicos y viejos parientes. No había tratado a ningún joven, y sus aprendizajes teóricos, tanto en los estudios de historia como en las lecturas imaginativas, le descubrieron en el hombre —al través de las ponderadas generosidades varoniles— a un ser esencialmente egoísta, de usuras feroces con la mujer. Y por eso alejó de la ventana la silla rodante, su medio obligado de locomoción.

La vuelta de Mario, por segunda vez, le produjo asombro y

perplejidad. ¿Ignoraría aún su miseria física...? Mas la tercera tarde sus dudas se desvanecieron: imposible que no hubiera averiguado ya quién era. Luego, si él conocía su invalidez, esa especie de comunión híbrida de vida y muerte, ¿a qué obedecían sus visitas? ¿Qué sentimiento, enigmático para ella, guiaba aquella admiración muda, aquel entusiasmo respetuoso patentizado en los ojos, en los actos, en todo él? Su distinción veíase en su porte; su inteligencia se adivinaba en el fulgor interno reflejado en su fisonomía. Y poseía aún algo más: alma artista, pues era notoria la unción con que, minutos tras minutos, tarde por tarde, se dedicaba a reproducir en sus cartones las vistas circundantes... Y con la vehemencia de los temperamentos reconcentrados, con la abnegación de las almas doloridas, se entregó a aquella simpatía.

En su yo moral brotaba un sentimiento nuevo, ligándola por vez primera, sin martirio, a la existencia. Su naturaleza latente de mujer, sus intuiciones sensitivas de virgen, retenidas en estado nebuloso por el fracaso a medias de su cuerpo, al toque de aquel sentimiento —confuso todavía y cuya índole exacta no podía analizar— se cristalizaban, llenándole el alma de cosas nobles, de conceptos justicieros sobre las fases buenas de lo creado. Especialmente, fue optimista para todo lo de Mario. Y ella, cuya habilidad artística sobresalía en dibujo y pintura, encontraba magistrales las acuarelas de él, examinadas a hurtadillas con unos lentes de teatro.

¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Cuánto tiempo permanecería en las playas? ¿Cuáles eran sus relaciones, su género de vida? ¿Cuáles sus ideas, sus gustos, sus predilecciones? ¿Le habría complacido tanto enterarse de la personalidad de ese inesperado amigo, de actitud tan distinta de los otros, que no le rozaba ásperamente su delicadeza nerviosa, que observaba siempre una conducta llena de benevolencia en su elocuente mutismo...!

Y en el corazón de Elena, ávido de afectos, hubo para Mario gratitud inmensa.

Únicamente le perturbaba este florecimiento espiritual, el dolor de la médula, desaparecido en el balneario. Su reaparición coincidía, inexplicable, con las visitas de Heredia. Y los accesos eran continuos, bien que no violentos. Pero en la mañana del quinto día, recrudecieron, aunados con inusitada agitación interna.

Después del meridiano, en el avance de la tarde, el malestar aumentó, y la punzada tuvo abrumadora rudeza. No obstante, en un esfuerzo supremo, antepuso la voluntad a lo agudo de la dolencia, y no faltó en la ventana a la hora de costumbre. Allí la contempló Mario, adorable siempre, en su impenetrabilidad de esfinge... Y al retirarse ese iluminador de sus sombras, el comprimido mal estalló más terrible, y sólo a la segunda inyección pudo su cuerpo anesthesiarse y su cuerpo dormir pesadamente, mientras la tormenta surgía, actuaba y se perdía en el infinito.

Despertó con el sol próximo al cenit. Experimentaba general alivio y un cansancio benéfico la sumía en la beatitud de las inercias mentales. La concordia de los elementos en aquel día luminoso la impregnaba de dulzura, de languidez consoladora; no quiso ocuparse de labor alguna, y dejó a su madre distraerle las horas con lectura de los diarios. Así aguardó el descenso del astro a la gran parábola del occidente...

## V

En el salón de conciertos, vasto y simple —cuyos muros blancos los rayaba de rojo la doble fila de sofás y sillas—, en el fondo, junto al piano, al pie de un escenario pequeño, estrado de la orquesta, estaba el inmutable grupo de solteros y solteras del Bristol. Entre ellas, la prometida del ausente. Aparte, las mamás miraban. En un sofá, una pareja de novios se aburría en silencio. Lejos, tres casadas jóvenes, formando también grupo, conversaban...

—¡Felices los ojos que lo ven! —prorrumpió una de las muchachas al acercarse Heredia.

—Si son realmente felices, un millón de gracias —les contestó éste sonriendo.

—Suprima el millón y deje las gracias —dijo la del lado, una chicuela vivaz y bonita.

—¡Suprimir el millón, ustedes, farsantes, si no quieren otra cosa! —gritó de enfrente la voz agauchada de uno que pasaba por gracioso.

Mario se volvió rápido para responder; pero ya las niñas se adelantaban, exclamando a una, alegremente:

—¡No ha oído y habla!... ¡Maestro Ciruela!... ¡Si creará que estamos a la moda!

Y comprendió Mario que aquella, al parecer insolencia, era un rasgo de *esprit*: que sería candidez de su parte no reír y rió también, como buen muchacho que goza de las agudezas de otro... Su compañera de colocación, ya en diálogo concreto, le preguntó:

—¿Y dónde se mete el misántropo, si no es indiscreción saberlo?

—Se mete: en la arena hasta los tobillos, en el mar hasta el cuello, en un cuarto donde hay una cama para dormir, en un comedor, donde se come, y se mete a charlar ahora con muchachas muy lindas; pero metiéndose en tantas partes, nunca se mete en las vidas ajenas...

—Poco amable el final —exclamó su interlocutora.

—No hago sino repetir lo que ese supuesto misántropo me ha soplado, y el cual nada tiene que ver conmigo...

—Bueno, pues, como yo sí me meto en la vida ajena, le diré que todas las tardes lo ven junto al chalet de la señora Mercedes García...

—Mercedes García... ¿la viuda de Gutiérrez? ¡Ah!, ¿ese chalet es de ella?... Efectivamente, pinto a menudo en aquel paraje, y creo que, sin provecho alguno, empiezo a recordar mis aficiones de acuarelista...

Las últimas palabras fueron arrebatadas por el 5.º vals Boston, que llenó la sala. Algunas parejas se levantaron, enlazándose en los giros del baile.

—¿Sabes de quién es ese vals? —le preguntó su vecina a Heredia.

—¿No es de Ramenti?

—¿Y sabe que Ramenti no es un nombre, y significa mentira?

—No sabía; ahora lo sé... pero no entiendo...

—Porque no quiere: son del mismo autor las acuarelas de hace poco...

—Y la verdad —dijo interviniendo desde su sitio la novia del amigo ausente, con cierta expresión de malicia burlona en sus ojos—, es que usted festeja a Elena Gutiérrez, la tullida!

—La verdad de todo —replicó Mario sin turbarse, y levántan-

dose— es que me caigo de sueño, y voy a dormir la siesta...; si ustedes me lo permiten.

Y haciendo un saludo general se separó de la reunión, pronta ya a disolverse con la ida de la orquesta.

## VI

Desde que Mario oyó el nombre de la viuda de Gutiérrez, su memoria no descansaba: la intencionada broma final le hizo completa luz. Su madre, más de una vez, le habló de una amiga de la infancia y del colegio, a quien cesó de verla en las separaciones naturales de los viajes, del matrimonio, de las diversas variables relaciones de las grandes sociedades. Esa amiga tenía una hija única, tullida. Era, pues, la misma, la que tanto le entusiasmara durante cinco días. Y resolvió, ya en el letargo invasor de la siesta, concluir con aquel extravagante idilio. ¿Cómo entonces, dos horas más tarde se hallaba al pie de la ventana de Elena?...

—¿Es a Elena Gutiérrez a quien tengo el gusto de hablar? Soy Mario de Heredia, y creo haber oído en más de una ocasión hacer referencias de usted a mi madre, vieja amiga de la suya.

Una voz salió del cuarto, haciendo volver los ojos de la niña:

—¡El hijo de Rosario!... ¿Cómo lo había de conocer?

Y un rostro coronado de nieve asomó por el claro:

—Entre: es usted el bienvenido. Ya hoy no se toma mate, como en los tiempos en que Rosario y yo nos robábamos la yerba para tomarlo lejos de nuestros mayores: le ofrezco el té de las cinco.

Mario entró, pareciéndole, al hallarse entre ambas, que hasta un viejo retrato pendiente del muro le saludaba afable. La señora dijo, viendo sus miradas:

—Es papá: bastantes retos recibió de él Rosario, que era diabólica y traviesa.

Y el joven se inclinó sobre el cuadro, con una sonrisa, provocando así la agradecida de la hija y la indefinible de la nieta. Un sirviente apareció con el servicio del té, y lo puso al alcance de Elena. Esta preparó las tazas y presentó una a Mario:

—He aquí —le dijo, saliendo de su mutismo— el hidromiel de la hospitalidad...

—Lamento no ser un héroe nibelungo para hacerle honor —contestó Heredia, acariciado armoniosamente por aquella voz pectoral.

—Pero es un artista, que hace acuarelas muy lindas y que, sobre todo, ha escrito un precioso libro... Sí, precioso; pero también muy triste. No parece sino que fuera usted el enamorado de la muerte. Bajo la riqueza de su forma, llena de vida, en su libro hay siempre algo que muere: a veces un ser; a veces una ilusión, una esperanza, un sentimiento; a veces hasta el mismo recuerdo...

—Veo que he tenido siquiera una lectora inteligente..., tan inteligente como hermosa...

—¡Oh!, sí..., una Venus —le interrumpió la niña.

Y el semblante se le cubrió de sombra. Mario no supo salir del paso, sino con una frase torpe.

—¿Va usted a menudo a la playa?...

Y Elena entonces —entre la inquietud dolorosa de su madre, y la confusión del joven por su nueva tontería— exclamó jovialmente:

—No, no voy a ninguna parte: las cosas vienen a mí. Sólo cuando son muy grandes me gusta verlas a distancia; por ejemplo, el cielo y el mar...

La charla continuó hasta el crepúsculo. Y el nuevo amigo despidióse, aceptando la invitación diaria para el té de la tarde, hecha por la señora Gutiérrez, contenta de la inusitada animación de su hija.

En tanto, Mario se encaminaba al Anexo, pensativo.

—¡Encantadora criatura! —se decía, poniéndose el traje nocturno—. Y pensar que su alma de elección, excepcional en la mujer, la deforma, la incapacita, la anula..., ¿qué? Nada y mucho. Ese rostro puro y ese busto impecable son un imposible para la materia tiránica. ¡Pobre niña! El destino ha tenido, al crearla, una fantasía infernal... Pero, con todo, su trato, será siempre mejor que el de las otras; dejaré de oír hablar de noviazgos, de festejos, de qué sé yo cuantas frivolidades, y haré de su casa un refugio para mi fastidio, mientras llega el momento de ir a fastidiarme en la ciudad..., por muy corto tiempo, afortunadamente ...

## VII

Fueron doce días únicos, abiertos, como un luminoso paréntesis, en la eterna tristeza del vivir de Elena. Aquel té, preparado por ella con delicia, tenía la virtud de un filtro mágico. Sus ojos, sus labios, todo su semblante irradiaba claridades risueñas. Y se dejaba mecer blandamente, en secreto, por aquel bienestar dulcísimo que la envolvía y la penetraba, despertándole de su largo sueño sentimientos, sensaciones y anhelos jamás imaginados.

Mario no la había conocido antes, y no sospechaba siquiera que su presencia era la causa de tal transformación. Así, estimulaba con su asiduidad lo que inconsciente para ambos se infundía, formidable de magnitud, en aquella alma. Y a diario acudía allí, saboreando el placer exquisito de encontrar un temperamento gemelo, donde sus ideas, sus imaginaciones, sus conceptos, sus refinamientos, tenían siempre repercusión simpática y regresaban a él, asentidos, modificados o discutidos, como el eco de su pensamiento, con la dualidad de su propio espíritu.

En su segunda visita, se fijó en un estante-biblioteca, arrinconado en un ángulo de la pieza.

—A ver —dijo acercándose—: quiero conocer sus gustos.

Y mientras él recorría los volúmenes, Elena miraba. Aquel hombre, joven y apuesto, era el mismo de quien más de un vez, leyéndole, pensó: "he aquí a uno a quien desearía tratar"... Y era doble su regocijo ahora, al ver en ese uno, a dos desconocidos que la impresionaron agradablemente.

—¡Pero si tropiezo con muchos amigos! —exclamó Mario—. ¿Lee usted estas cosas sin temor de envenenarse?

—¿Que no son lecturas permitidas a una niña? —le dijo la enferma, adivinando lo que el joven no se atrevía a expresar—. Convenido; pero convengamos también que yo puedo leer todo: nada me enseñará lo que nunca comprenderé; nada ha de entristecerme tanto como mi propia vida. Sí, puedo leer todo —agregó dulcificando la frase con una sonrisa—, hasta su libro, que hace adorar la muerte.

Y desde ese día, Mario evitó cuidadosamente cualquier tema de conversación que trajera a ella reminiscencia de su estado. Esta

esgrima del cerebro, por la cual se notaba bueno, le enaltecía consigo mismo. Elena lo adivinaba, con la finura de penetración del infortunio, y su gratitud se robustecía, se agigantaba, germinando en su corazón algo inaccesible a su raciocinio, pero que, por el momento, la beatificaba deliciosamente. Las visitas de Mario tenían la eficacia de un unguento milagroso: le curaban las ulceraciones del alma, narcotizándole la conciencia de su desdicha corporal... La punzada no era ya sino vago recuerdo: la morfina estaba olvidada y su contento tenía duración uniforme.

Pero sólo la manifestación de un afecto amistoso se traslucía para Heredia en los modales de Elena. Ni podía juzgarlos de manera distinta. ¿Cómo ocurrírsele que el trato suyo originara en ella sino un cariño cuando mucho fraternal? Su invalidez —como la acción constante de la realidad sobre lo deleznable de la quimera— acabó por suprimir a los ojos de él todo lo femenino en ella, y ahora la consideraba tan sólo como una compañera espiritual en sus orales correrías artísticas, como una auditora comprensiva de sus disquisiciones estéticas. En consecuencia, una tarde, la duodécima de su entrada en el chalet, le dijo ingenuamente:

—Acabo de recibir un telegrama de papá, en que me llama a Buenos Aires. No hay ninguna novedad en la familia; son asuntos de la estancia. Además, la temporada termina; en el Bristol la dispersión es general, y supongo que ustedes nos seguirán en breve. Me despido, pues, hasta muy pronto; no tengo nada listo y parto en el tren de esta noche... Espero que en Buenos Aires no me negará este buen té de las cinco —añadió dirigiéndose a la señora de Gutiérrez.

—No..., ¡qué ocurrencia! —murmuró Elena maquinalmente, mientras su madre respondía:

—Al contrario, es usted el que va a olvidarnos, con las diversiones de la capital. Pero si acaso se acuerda de nosotras en sus ratos perdidos, ya sabe que allá nuestra casa es también suya...

Hizo encargos cariñosos para su amiga de la infancia, y el joven se alejó con tristeza de aquellos sitios hospitalarios.

## VIII

—Heredia tiene razón, mamá —exclamó Elena, rompiendo el silencio que siguió a la despedida de Mario—; es tiempo ya de regresar.

—Cuando gustes, hijita: ¿quieres a fin de esta semana? ...

La noche fue larga y sin sueño. Legiones de pensamientos cruzaban por el cerebro de la tullida, rechazándose o uniéndose en continuo vaivén. Pugnaba por disiparlos con reflexiones justas, y, a pesar de todo, a despecho de su voluntad, la acometían de nuevo... ¿Por qué afligirse ante aquella ausencia? ¿No debía al cabo suceder eso? ¿Podría acaso pretender que se eternizaran sus visitas, haciéndole parte integrante de su vida miserable?... Mas estas consideraciones nada lograban contra el oleaje confuso de su mente; tan confuso, que eran percepciones sin forma, sentimientos imprecisos, en los cuales sólo había una idea clara, una idea lacerante: la convicción de no volver a verle todas las tardes. Y esta certidumbre le oprimía el corazón con tenacidad sorda, con suavidad perversa, como si una mano delicada se lo apretara lenta, felinamente... Pero no quiso inyectarse morfina; le había prometido a él no usarla sino en los ataques agudos de la médula, y resistió heroicamente el malestar del insomnio.

El alba se insinuaba ya en el cuarto cuando consiguió dormirse, abatida por el mismo desvelo... La punzada, la punzada violenta, desgarrante, enloquecedora, la despertó tres horas después. El dolor era tal que la institutriz compareció asustada por la manera como sonaba la campanilla eléctrica.

—¡La morfina! —fue todo lo que pudo sollozar la enferma, con la faz convulsa y los ojos delirantes.

El frasco estaba vacío desde hacía varios días; hubo que preparar una porción completa.

—¿Cuántos?... ¿dos? —preguntó la inglesa.

—No, son pocos..., tres, cuatro..., los que quiera —contestó Elena, cuyos miembros sanos, sobre la rigidez de las piernas, se retorcían en el paroxismo del tormento.

La institutriz pesó escrupulosamente la morfina, a razón de tres centigramos por cada gramo de agua. La solución quedó he-

cha; el frasco lleno. En seguida le aplicó la inyección y el efecto fue inmediato: Elena sintió que aquella mordedura horrible iba debilitándose, languideciendo, evaporándose por grados; la exasperada tirantez de sus nervios se aflojó, y toda ella, al minuto, caía bajo la insensibilidad reparadora del sueño.

Salió de su letargo al comenzar el crepúsculo. La punzada era opaca; sus pensamientos perezosos, y una laxitud profunda la embargaba. En ese estado duró aún media hora, hasta sacudir las últimas brumas del narcótico. Entonces su mente dedicóse a elaboraciones melancólicas.

Lo imprevisto la había sorprendido en medio de la paz de aquellas horas, ya por siempre idas. No le restaba de su bienestar extinto, sino la sensación de un gran silencio, formado de súbito en torno de ella, de una soledad honda, como un mar de aguas pálidas. Su primer brote de contento, de esperanza, de ternura, no alcanzaba todavía su pleno desarrollo, cuando ya una helada prematura se tendía sobre él, para secarlo y destruirlo y anonadarlo, y en adelante el curso inexorable de sus días sería más doloroso, al recuerdo de ese pasado fugaz, de esa dicha avarienta, que le dejaba para la desesperanza de su futuro, sólo promesas dudosas y presentimientos tristes. Y en el fondo de su cerebro, muy recóndito, se condensaba un oscuro impulso, de deseo nebuloso, todavía fuera de las nociones pensantes, pero ya dotado, al parecer, de fuerza irreductible...

Después de la comida, se sintió mejor; su espíritu recuperó su equilibrio y se amortiguaron sus meditaciones desoladas. Se hizo trasladar al lecho, y escuchó por un rato el ritmo nasal del acento de la institutriz, en la lectura de un poema de Tennyson. Cuando terminó y la dejó sola, se puso a hojear los diarios llegados por la tarde. Buscó la sección social de uno; luego el fin de ésta, en donde se consignaba el movimiento veraniego, y leyó. En la quinta noticia se detuvo y repitió su lectura... Fue apenas un ligero frío en la espina dorsal; y permaneció quieta, mirando sin ver el diario abierto, mientras sus labios murmuraban, cual si no supieran decir otra cosa:

—¡Ah!..., ¡se va para Europa!...

(La noticia daba, como inmediatos, el regreso de Mario a la

capital, esa mañana, y su partida a París, proyectada por él para la primavera, ocho meses más tarde.)

Al estupor brusco de todo su organismo, pasado un lapso de minutos, la reacción sucedió pasiva y sombría. Una vergüenza de sí misma le anegaba el alma, humillándosela. Sentíase como bajo el peso aplastante de un insulto, de un insulto contra el cual no tenía ni siquiera el derecho de protesta. Todas las visitas de Mario, todas sus demostraciones afectuosas —¡oh, ella no pretendía que excediera de la amistad!—, esos diálogos encantadores, en fin, no fueron sino un producto egoísta de él, un juego caprichoso de su fantasía; y en lo íntimo debía de creerla un pobre ser sólo objeto de lástima, un harapo de humanidad, cuando nada le dijo de aquel viaje, cuando la juzgó indigna de asociarla a sus proyectos privados. ¿Qué era, pues, en rigor ella, si ni de él mereció un poco de aprecio, una migaja de cariño? Y juzgándose con severidad desgarradora, se tuvo asco, un asco horrible...

A este tiempo, una onda de claridad blanca inundó el cuarto. Había transcurrido la noche, y un nuevo día alboreaba para su martirio. ¿Cuántos más le tendría señalado el destino? Miró el frasco de la morfina. Estaba sobre la mesa de noche, al lado del estuche de la jeringuilla, y ambos se perfilaban netos en el crecimiento de la mañana ¡Con cinco o seis inyecciones de aquella fuerte solución todo concluía!... Estiró el brazo, y tomó el estuche, mientras con la mano libre se desnudaba el pecho, cuyos niveos relieves se esmaltaron en la luz. Destapó el frasco; abrió la cajita... Mas no pudo continuar en su designio: un poder superior se adueñó de pronto de su voluntad, paralizándosela... ¿Morir?... ¿Tenía acaso derecho a esas rebeldías, ella, despojo despreciable de carne enferma?...

Y dejó caer el brazo pesadamente fuera de la cama, abrumada toda por un desfallecimiento infinito.

## FELIZ AÑO NUEVO (Fragmento)

En su cuarto del quinto piso, boulevard de Saint Michel, Antonio Avila se paseaba pensativo, aquel 31 de diciembre en la tarde. Estudiante de pintura, pensionado por su país, Panamá, se hallaba, hacía apenas diez meses, en el deslumbrante París. De su tierra natal trajo la impresionabilidad en la epidermis para el crudo frío de ese invierno, y en el cerebro el entusiasmo por todas las cosas bellas de la capital del arte.

Se paseaba en el pequeño rectángulo de su cuerpo, envuelto en el sobretodo, fumando. Afuera, desde el mediodía, nevaba: una llovizna blanca, tenaz; una polvareda de corpúsculos algodoados, bajo la cual los techos y las ramas escuetas de los árboles cubriéronse con immaculados mantos de armiño. Y en aquella hora, las cinco, la noche, prematura, se tendía sobre el bullicio de la ciudad e iniciaba sobre la principal arteria del barrio de los estudiantes, su alegre vida de cafés repletos de concurrencia mixta, sonoros de música de zángaros y de risas juveniles.

¡El Año Nuevo!... El primero, en París, contra lo que él se imaginara, sorprendía a Antonio melancólico. Su febril curiosidad de recién llegado, a los dos meses, se desvaneció con la indiferencia del hastío, después de probar todos los encantos mundanos del gran centro, los más de sensaciones efímeras o vulgares para quien sólo poseía, como él, una suma de dinero exigua, cada mes, una selecta naturaleza de artista y la edad, veinticuatro años, para gustar de todos los refinamientos de lo bello en sus más nobles formas y en sus más puras esencias...

El boulevard de Clichy, con sus "cabarets" del Infierno, del Cielo, de la Nada; con sus demás sitios de espectáculos extrava-

a distancia entre la muchedumbre mixta la mirada adorada de Antonio... El amigo lo condujo al "Rumpelmayer", al "five o'clock" del suntuoso establecimiento; y allí volvió a verla, a tener sobre las suyas la inenarrable caricia de sus pupilas, para él síntesis maravillosa de los cielos estelares de su patria.

Fue un capricho galante y triste del acaso, pues en la noche, en el palco de la Opera, tuvo otra vez la visión hechicera de la niña. Debía ser rica, millonaria quizá. ¿Qué pensaría de él cuando tan decididamente correspondió a sus miradas?... Con la terminación de la fiesta teatral concluyeron para Antonio las diversiones fastuosas de aquel jueves. Su compatriota partió al día siguiente para Italia y él no se encontró nunca más con la que tan hondamente lo impresionara. A tales sitios no podía ir con asiduidad un estudiante oficial de Hispanoamérica, cuya pensión tan sólo le alcanzaba para los imprescindibles gastos de la existencia diaria.

\* \* \*

Antonio Avila continuaba su paseo entre la nube de huellas con una letra de doscientos francos, regalo de Navidad de los "viejos". Sus bondadosos, sus idolatrados padres, ¡cuán ajenos estaban de pensar en el estado de sentimentalismo morboso del hijo, el orgullo y la adoración de su vejez!

Y Antonio, con sus doscientos francos extras, meditaba en la manera de hallar a la desconocida de aquel día de otoño. ¿Iría a la Opera esa noche? ¿Al "Bois" y al "Palais des Glaces" en la mañana y en la tarde siguientes?... Sentía una necesidad imperiosa de verla, de grabarla en sus retinas; la trasladaría al lienzo; sería un cuadro para el "Salón" en el próximo abril. Y triunfaría con él, y por él, quizá, en el amor de "ella"...

De pronto, la puerta de la habitación se abrió. Una chicuela como de seis años, delgada, pálida, cubierta de toscos abrigos de lana, con su presencia arrancó a Antonio de todos sus pensamientos. Era su vecina. La madre, joven todavía, trabajaba en ropa blanca para una de las grandes tiendas del boulevard de "Saint Germain". Sólo, con aquella hija marchita ya por las usuras de la existencia, Antonio sentía por ella una piedad respetuosa. Le traía a la chica casi todas las noches alguna golosina y a veces, si lle-

gaba temprano, entreteníase en alegrar la soledad de la pobre mujer, acompañándola sentado junto a la máquina donde ella cosía horas y horas... La pequeña lo miraba callada, con algo como un gran susto en su semblante exangüe... Antonio en el fondo era un *bon-enfant*, un hermoso corazón altruista.

—¿Qué tienes, Annete?



POEMAS EN PROSA

ACUARELA

CLARO DE LUNA

LA ORACIÓN DE ATENA



## ACUARELA

*Tarde.*

Cae el sol a su ocaso; cae pausadamente, sangrando como un dios herido, y, a medida que se oculta, se tiñe en occidente de sangre luminosa el firmamento, por el cual vanse extendiendo tonos de rubí, de púrpura, de oro quemado, de rosa pálido, de violeta y de violeta desvanecido que se esfuma cerca de oriente en un azul puro, terso, como de zafiro, como de raso intacto y diáfano.

La campiña, retozante por las recientes lluvias, salpica a trechos de árboles, alarga su inmenso tapiz glauco hasta el confín distante, marcado por la línea azul de un bosque espeso. Lejos, diseminado sobre la hierba, dormita el hato. En el centro del llano —como un cisne inmóvil— albea una casita; a los lados y detrás de ella está el jardín, plétórico de plantas florecientes. En el aire vibra a intervalos el aleteo rápido de algún pájaro que pasa de regreso al nido.

El día agoniza.

Bajo el dintel de la puerta de la casita aparece una joven pareja, amado y amada. El, vigoroso, moreno, de cabellos y barba negros, viste el traje de los campesinos ricos. Ella, linda y fresca como una rosa auroral, va vestida de blanco; una cinta bermeja recoge en la nieve de su nuca la cabellera áurea, que luego se ensancha y descende por su espalda semejante a una onda de luz rubia.

Salen. Caminan lentamente, enlazados, diciéndose ternezas, radiantes y sonrientes en su amor feliz. Al pasar cerca de un naranjo en flor, inmediato a la casa, su dulce charla se junta con los

arrullos de las palomas, que en la copa del árbol se acarician esponjando el tornasol de sus plumas, y esa deliciosa conjunción de charla amorosa y de arrullos es como un himno cantado por la Naturaleza a Eros; himno jocundo, triunfal, de pasión dichosa...

En tanto, la tarde expira; los arrebales crepusculares se borran; bajo la sombra en copos impalpables y de las nieblas de un monte lejano la luna emerge el azul, que van flordelisando de oro las nacientes estrellas.

*Darío Herrera.*

*El Cronista*, Seo. 14, 1893.

## CLARO DE LUNA

*Para el Ensayo.*

Medianoche.

Solo, bajo el cielo inmenso, ante el prestigio augusto de la luna, pienso y sueño. Y, como en la onda de una brisa dulcemente animadora, todos mis pensamientos y todos mis sueños vuelan a ti; a ti, amada mía, que duermes quizás —azucena immaculada—, entre la nieve de tu lecho de virgen. Pienso y sueño, y a la magia de tu recuerdo visionario; qué de anhelos van brotando en mi alma, la nostálgica eterna de la dicha!

Sí, querría que fuera en una noche como ésta la hora suprema en que irradiara de tus pupilas agarenas la llama sagrada, en que surgiera de tus labios estremecidos la palabra milagrosa.

Y que fuera allá, lejos de las ciudades, lejos de lo ficticio, lejos de todo lo que amarga y de todo lo que hiere, en un sitio bello, misterioso como el amor, dentro de un bosque inviolado, sonoro al viento como una gran lira, cerca de un lago pequeño, suavemente melodioso como el canto de una flauta lejana. En sus orillas, lises rojos como rosas y rosas blancas como lises. Sobre el cielo, entre velos de nubes albas, la luna... ¿Margarita?, ¿lirio?, ¿perla?... no: Ofelia naufraga flotando en un vasto mar azul. Por la atmósfera, vibrante como el cristal, diáfana como plata fluida, un vuelo níveo de palomas; y sobre el lago la eflorescencia cándida de una parvada de cisnes...

Y allá, bajo el cielo inmenso, en la majestad tranquila de la naturaleza, ante el prestigio augusto de aquel claro de Luna —y en tanto que la ola de tus cabellos caía por tu espalda como un jirón del manto de la noche sobre un campo de nieve— que viera yo irradiar de tus pupilas agarenas la llama sagrada y escuchara

de tus labios estremecidos la palabra milagrosa. Y allá los dos, solos, juntos, que comulgáramos en el cáliz rojo del Beso, triunfando así, tú de mis nostalgias con el esplendor de tu belleza, yo de ti con mis caricias y ambos con nuestra juventud del tiempo y de la vida.

*Dario Herrera*



# FELIZ AÑO NUEVO

Para "Mundial"

En un cuarto de alquiler pisa, boulevard de Saint Michel, Antonio Ariza se paseaba pensativo, aquel 21 de Diciembre en la tarde. Pensativo de pintura, pensando por su hijo ~~su hijo~~ se hallaba, hasta apenas diez meses, en el desolado París. En su tierra natal tenía la impensable felicidad en la primavera para el grado frío de sus hermanos, y en el invierno al entusiasmo por todas las cosas bellas de la capital del arte.

Se paraba en el pequeño rectángulo de su cuarto, extraño en el suburbio, buscando. Algunos, desde el medio día, venían: una viejecita blanca, trasa; una polvareda de corpiños almidonados, bajo la cual los brazos y las manos rojas de los árboles esbeltos con linternas los mentes de arriba. Y en aquella hora, los ramos, la noche, prometida, se caía sobre el follaje de la ciudad y caía sobre la principal actividad del barrio de los estudiantes, su alegre vida de café, repentinamente de concurrencia, siempre de música de algaría y de raras diversiones.

El Año Nuevo... El primero, en París, antes de que él se imaginara, aproximada a Antonio malacotico, su fértil cordialidad de rostro, digno, a los dos meses, se desvaneció en la indiferencia del barrio, después de probar todos los encantos mundanos del gran centro, las más de las ocasiones efímeras a volar para quien ella podía, como el una suma de dinero exigua, nada más, una selecta entera de artista y la edad, 24 años, para gustar de todos los refinamientos de la bella en sus más nobles formas y en sus más pocas maneras.

El boulevard de Clichy, con sus "salvajes" del Inferno, del Cielo, de la Nada; con sus demás tipos de especímenes extravagantes o grotescos, pronto para regocijos de irrisión ocultas, los café-salones con la mansuetudine de sus cativos exaltados y la ajada, lamentable plática de las cantantes; con sus mil formas de atractivo para la luz, la vida, el centro de los viajeros de París, su consagración almas a Antonio más de

dos veces y dejaron siempre en él un anhelo de desquite.

Cinco veces en vida a las horas de agonía en el taller de Bonnat, las de estudio en el Louvre y al Luxembourg y a una permanencia nocturna, más o menos permitida en la Societate, donde iban los poetas, dramaturgos del gran público, a decir sus versos, con acompañamiento de piano, ante la selecta audiencia de un auditorio propio.

Para Antonio guardaba en su memoria el recuerdo, abstrahente, de un día, entonces para él un esplendor y ahora una nostalgia. En el año último, un comediógrafo español vino a buscarle temporalmente en el suburbio. Partieron para él París, una Juana y él, para París, de regreso del grado actual, donde las revistas de él parecieron en aquella mañana radiante y dulce, entre los árboles, una colección de hojas, manuscritas, por la noche, como lecturas de dogmas, el valor, toda color y luz, de la emancipación, tuvo para los ojos impresionistas de Antonio un encanto incomparable. Partió de ella con los amigos del "Armenonville", donde los dos amigos amanecieron. Y en París volvió a aquella vida, vivida en una mesa sencilla, junto con una señora, sin duda en su vida, que se volvió rápida para entrarle, a propósito de una respuesta instantánea, dirigida por él a su comediógrafo, en español.

Los encantadores, su rostro adorable, de grandes ojos y nariz sencilla, fue para Antonio como una patria caída. Y él la miraba, la miraba con una devoción artística. La ciudad de las supremas elegancias hizo de aquella época de la distante América, un prodigio de arte, una armonía vibrante; y la pureza de la vida de su hijo se halló resultado de su vida. La comedia de guerra en el "Palacio de las Glorias" era una vida.

La vida con la bella corte de las pinturas, dejando ser un acaramiento de pluma perfecta, moviéndose sobre los patines, en los giras amables y lentos de un "ice-cream" cerca de un joven, quieto en su vida, quieto en hermano, tal era un día con vida.

Y los ojos de ella, hermosamente trágicos, buscaban siempre, a distancia, entre la muchedumbre viva, la mirada adoradora de Antonio... El amigo lo condujo al "Empire", al "Eve" y al "Café" del antiguo establecimiento, y allí volvió a verla, a besar sobre los ojos la hermosa caída de una pupila, para él sin este maravilloso de los ojos ocultos de su patria.

*Ruiz*

*Para las primeras horas de*



## CLARO DE LUNA

*A. Martín C. Aldao.*

El bote se desliza, pausado, sobre el agua serena. En los ríos del Tigre, en el crepúsculo, un prematuro crepúsculo de otoño. El sol, al morir, bañó el azul con sangre luminosa, absorbida luego por la irrupción de la noche. La linfa, impregnada de penumbras, adquiere un tinte oscuro. Sobre el fondo del espacio las nubes van perdiendo su blancor níveo y tórnanse sombras leves, flotantes bajo la masa creciente de tinieblas. Las orillas se hacen vagas y focos de luz artificial agujerean los bosques de sauces tendiendo en la onda reflejos trémulos. El cielo, solitario después del ocaso, reacciona, en un triunfo de astros. Hacia el oriente, en el horizonte, vasto por la amplitud del Plata, se esboza una mancha de claridad tenue: es la natividad ya próxima de la luna. Y la naturaleza parece esperarla en el silencio de una meditación grave.

Navega el bote en mitad del Luján. Hay en él cinco personas: una pareja de novios, la madre, una amiga, residente en un pueblo inmediato, y un amigo, en cuyo espíritu la mansedumbre del sitio y de la hora calma la enfermiza inquietud de la vida ciudadana. La novia, morena, rosada, linda, viste de azul; la madre, de luto; la niña amiga, toda de blanco. De la nieve de la tela, más blanco aún, divinamente pálido, como un lirio ideal, surge su rostro, de pureza griega, bajo el resplandor rubio de sus cabellos, y con la mano roza el agua. Así la mano suya es un copo de espuma viajando con la marcha del esquife. Y de toda su figura, en el claroscuro crepuscular se desprende una magia dominadora, como

si la vida que en ella palpita contuviera todos los ritmos de la suprema gracia.

En la proa los novios dialogan, absortos en su amor. No ven sino sus ojos; para ellos no hay más universo que el de sus palabras y miradas. La madre contempla a una pareja desde su asiento de popa. La otra niña, a su lado, está pensativa. A ratos, lleva las manos a las sienes para arreglar el desorden producido en sus cabellos por el viento fugitivo: cruza cortas frases con la señora y queda de nuevo pensativa, con los ojos —ojos de misterio y de ensueño— fijos en lejanías invisibles... El amigo la mira, callado.

El bote desciende por el Luján, junto a la orilla izquierda. Lejos, a proa, se dilata, inmenso, el Plata. Ramas de sauces frotan la borda y ponen caricias húmedas en los rostros de los paseantes. Algunos riachos abren en la ribera grandes bocas de sombra. Arriba, las constelaciones flordelisan ya todo el cielo... Los novios permanecen abstraídos en su egoísmo amoroso: la madre les contempla, quizás con la evocación de sí misma en un pasado feliz. La niña sigue pensativa, con la mano sobre la superficie estremecida. ¿En qué piensa? A veces, los focos eléctricos de la orilla despliegan en el lecho del río grandes mantos de oro; a veces una terraza iluminada, de donde parten voces y risas en alas del viento, se refleja, invertida, en la placa líquida, simulando un árbol extraño, un árbol de fuego, agitado por soplos desconocidos...

En aquel instante un resplandor de ópalo llena el oriente. El agua lo refleja, y sobre el cabrilleo de las ondas tranquilas sutiles hebras de luz tejen un ancho moaré, pálidamente radioso. La nota opalina se agiganta; dijérase que luego de haber encendido las alturas va a irisar toda la tierra. Millones de estrellas languidecen, se esfuman, ante ese derroche de matices lumíneos, tan distintos de las intensidades del brote solar. Una legión de celajes se enciende también con tonos de nácar y vuela bajo el azul poniendo velos en cada estrella.

Luego un arco de plata se dibuja en el levante. Asoma tímido, se eleva, se agranda, y es una diadema suspendida sobre el confin lejano. Los tintes iridiscentes disminuyen, y cándidos florecimientos, como de mirtos, pueblan el espacio. La diadema crece más y

toma la forma del círculo perfecto, destacándose ahora como una perla, como una extraordinaria perla, sobre el seno del cielo. Y el agua del Luján vibra toda, cual si la luna le pusiera en cada turgencia de sus ondas el roce apasionado de una caricia... El astro asciende lento y soberano. Junto a la curva de occidente, la vía láctea es una veste nupcial, tendida en el límite de la noche. Nubes de armíño, en pequeños copos, semejan bandadas de gavio-  
tas, volando sobre un mar cerúleo. El viento, más tenue, pasa ahora por entre las ramas infinitamente amoroso, cual si fuera repitiendo los versículos del *Cantar de los Cantares*. Y cielo y tierra, agua y árboles, seres y cosas, en la blancura idealizadora que les presta la luna, aparecen ante los ojos de los cinco viajeros con inefable belleza, como creados de nuevo por la maravilla de un conjuro...

En esto, de lo recóndito de la isla, brota una canción, ritmada por bordoneos de guitarra. En el mutismo circundante, el acento del cantar repercute con íntima melancolía. Son vidalitas, versos sencillos como flores silvestres, pero a los que la noche les comunica todo el prestigio de su poesía sideral. Y la brisa hace perceptibles las palabras, y las palabras suenan, henchidas de sugerencias. Dicen:

“Si mi vida errante,  
    Vidalitá,  
Yo te contara  
tu rostro de cielo,  
    Vidalitá,  
El dolor nublara.

Ya todas mis flores,  
    Vidalitá,  
Sus coronas pliegan:  
Ya todos sus tallos,  
    Vidalitá,  
Mustios se doblegan” ...

Hay una pausa. Una luciérnaga, cual si fuera el alma del canto, se acerca en vuelos radiantes y termina posándose en la cabeza de la pensativa; creyérase un pequeño lucero engarzado en fluideces de oro. Y bajo el claro de luna, de todo lo immacula-

damente blanco que emana de su ser, como la esencia misma de su espíritu, es la armonía que rige la plasticidad grácil de su cuerpo, la virgen se destaca incomparable, llevando la mente del contemplador a otros tiempos, a la ciudad única donde el cincel, en el mármol dócil, creaba los arquetipos de la belleza pura.

El canto vibra de nuevo y los versos vuelven a infiltrarse, sugestivos, en quienes los escuchan:

“Eres tú la aurora,  
Vidalitá,  
Yo la tarde soy;  
Desde oriente subes,  
Vidalitá,  
Yo al ocaso voy.

Mas si Dios, de tu alma,  
Vidalitá,  
El amor me diera,  
Con perennes mirtos,  
Vidalitá,  
Mi alma floreciera” ...

La pensativa niña, al concluir la última estrofa, se estremece. Con movimiento maquinal se pasa la mano por el cabello: la luciérnaga vuela y se pierde en la noche. La mesa hospitalaria aguarda ya a sus invitados de ese día. La canción viene ahora lejana y más que una música es su eco, entrecortado por el rumor cadencioso de los remos. En lo alto, por el infinito, la luna continúa su ascensión, misteriosamente blanca...

## LA ORACION DE ATENEA

*El "Curso" de Carnaval en La Habana.*

Desde el balcón del Ateneo, en La Habana, invisible para la multitud lujosa allí congregada, Pallas Atenea mira los ropajes estatuarios —el arquetipo lineal de su cuerpo—. Y se yergue alta, espléndidamente soberbia, en actitud de soberana, y su rostro bronceado se fija en la fluidez del aire, cual es un elemento propicio con la arrogancia de las victorias, y sus ojos verdes, llenos de mediciones, se posan sobre el vaivén del Corso, como un resplandor donde se contuviera una caricia.

En la tarde pálida, con la suave palidez de las vírgenes amorosas, la doble línea del Corso desenvuelve su inmensa serpentina móvil. El bulevar del Prado y la plaza Martí son, de esta suerte, un hervor de figuras y colores, una ostentación de suntuosidad prismática. Todos los estilos del coche secular se mezclan con las variantes del moderno automóvil. Los paramentos de sedas, flores, plantas, conviértelos en jardines rodantes. Los caprichos de los disfraces femeninos aumentan el prestigio del conjunto. La visión panorámica, un tris de magia, deslumbra.

La divina Atenea habla como si murmurara una oración.

Nuestro Olimpo ha dejado de ser, para esta pobre humanidad vulgarizada con la vida diaria, la fuente inspiradora de la belleza, y no obstante, en sus horas de mayor esplendor, ella siente la necesidad de buscar en nuestras ceremonias el modelo para sus fiestas públicas, perpetuando así la maravillosa vida de arte que hizo única a la ciudad en donde establecí la soberanía de mi culto... Cuando el hijo de Príamo otorgó a mi hermana Anadyómena la fatal manzana yo no sentí celos ni envidia, como creyeron

aquellos grandes pero simples poetas de la Grecia. Sonreí, con la mental sonrisa, aprendida después por dos predilectos míos en los tiempos modernos, dos hijos de la Galia ateniense: Renán y France. No, yo no podía encolerizarme por la decisión caprichosa de un mancebo todo frivolidad. Y si en la memorable guerra estuve de parte de los griegos fue porque en el reloj de los siglos estaba marcado el fin de esta desventura, en obediencia de una ley inflexible, a cuya virtud ya la civilización, la eterna creadora de la hermosura del espíritu —es decir, yo misma— comenzaba a florecer del lado occidental del Cáucaso...

Celos, envidia, ¿de qué?... Adoro a mi hermana Anadyómena, Afrodita, Cítrea, como quieran llamarla. Es una parte de mí todo; es mi propia sustancia la que reviste para las pasiones imperiosas de la carne y para la concepción de lo bello en la naturaleza: el desnudo de las cosas y los seres, la materia mudable y perecedera. El símbolo que ambas encerramos no fue comprendido por el alma sencilla de aquella época; pero inconscientemente le cristalizaron sus artistas. Al darle el cincel vida eterna a las apariencias, efímera de la forma para llenar los templos con la representación plástica de nuestro Olimpo, no se sospechó que en ritmo de los contornos de cada Venus palpitaba mi espíritu, la armonía suprema de mi forma intangible... Con el sólo hecho de nacer del cerebro de mi padre, ¿sé todas las bellezas de lo creado? Y así fue. Cuando surgió Anadyómena de las espumas del mar Egeo quedó resuelto el desdoblamiento femenino de mi hermosura, apareciendo la parte terrenal de mi símbolo: lo susceptible de cambios; la que el amor aja, la maternidad marchita y los años deforman. Es ella el vaso encantador, pero frágil, donde se sacian los deseos de las multiplicaciones de la especie; la divinización de la materia para hacer irresistibles los despertares ardientes de la caricia que genera, al fusionarse, las savias de la vida.

En cambio, lo que en mi ser existe y de mi ser brota tiene la duración de las cosas definitivas. Soy la idea engendradora de las formas materiales y la forma donde se encierran las inmortales ideas. Mi seno es estéril porque mi alma es inagotablemente fecunda. Mi virginidad corpórea ha de ser inviolable para que lo sea mi belleza, ante la acción disolvente del tiempo. Así el amor que ofrezco a mis elegidos no se extingue jamás; porque guardan

incógnita, inaccesible a los goces de la sensualidad, la urna donde se producen las germinaciones físicas, esas destructoras de los sublimes acordes de las líneas... Observo, como en las fulgurantes fiestas que componen la concurrencia. Sí, Afrodita está en las palabras, en las sonrisas, en las miradas, en los gestos de esos centenares de mujeres jóvenes, llenas de gracia. Pero la verdadera animadora de todo esto soy yo; a mí se debe esta victoria de lo bello; hechicera para los ojos sensitivos, de mí ha brotado ese conjunto de esplendores: es la difusión de mis dos esencias, la física y la mental, la que realiza el arquetipo incomparable. La civilización, producto del esfuerzo del cerebro en su constante anhelo de perfeccionamiento, ennoblece la materia. Ella es triste, carece de estética en su estado simple, especialmente en la mujer; síntesis de sus más brillantes manifestaciones. Que se le supriman a ésta la ilusión del ropaje y los realces del decorado, en las intimidades del hogar y en los exhibicionismos mundanos: la seda que canta en las curvas de la carne, los perfumes que la hacen embriagante, todos los adornos suntuosos de un ambiente de riqueza y perderá los refinamientos de la sensibilidad moderna, su poder de atracción. La hembra primitiva, la ninfa retozona en los bosques, es adorable sólo en los lienzos pictóricos, es decir, cuando ya se la ve a través de las magias de mi espíritu. La realidad ofrecería hoy su arquitectura viviente, maculada por los contactos de la naturaleza, brutal, corrosiva, que la hacía inepta para sugerir en la complicada psiquis del hombre culto sentimientos de amor o de belleza... Es ella, la mujer, como en la actualidad se presenta a los estímulos de las emociones varoniles, una creación absoluta de mi ciencia; criatura exquisita compuesta y aderezada por mi arte, hecha a imagen y semejanza mía, surgida, a su vez —cual lo fui yo de mi padre—, de mi cerebro mágicamente transfigurado.

Así habló la divina Atenea en aquella tarde, ya poblada de penumbras de crepúsculos, mientras a sus pies, por la amplitud del paso, entre el juego de luces del ocaso y de los focos eléctricos, el corso seguía desenvolviendo su inmensa serpentina.

*Dario Herrera.*

*Nuevos Ritos*, núm. 60, 1 de marzo de 1910.



## CRÓNICAS



## CROQUIS LIMENO

*A. F. García Calderón Rey.*

Este invernal cielo de Lima, invariablemente gris, en la eterna primavera de la temperatura, como si con femenina coquetería quisiera evocarnos a las hermosas de otros tiempos, todas radiantes de gracia juvenil bajo la fingida ancianidad de sus cabellos blancos, ofrece una rara sonrisa de azul, un franco gozo de sol. Así, paso a paso, por la calle de Belén —cuyo agradable modernismo arquitectónico termina de un modo lúgubre en el pesado edificio de la Penitenciaría— llegó a la Exposición. El paseo central está desierto. Son apenas las cinco, y las habitantes mariposean en las tiendas de lujo, ante la complacencia de los empleados, melancólicamente golosos.

La fluidez lumínea de la tarde da al vasto jardín un aspecto nuevo, también risueño. El verde de hojas y céspedes y el prisma de las flores siente el influjo del beso solar; se percibe el hervor de la savia generadora, el ritmo de la interna vida vegetal, concertando con las armonías del éter. Entre los boscajes, contra los troncos venerables, surgen a veces formas estatuarias, en la virgen belleza de su juventud inmortal. Y por los senderos, bajo las altas ramas, hay ya penumbras indecisas, prematuros avances de sombra, fugas furtivas de luz, en la sonora soledad del recinto...

Entre tanto, desfilo por las jaulas de los cóndores. Agrupados en la estrechez de su vivienda permanecen quietos. Algunos tienen la calva señorial cabeza fuera de los barrotes, fijas las pupilas en cosas lejanas. Acostumbrados a su prisión, aquellos dominadores de las alturas llevan allí una existencia de modorra y hastío, perennemente plegadas las alas en otros tiempos vencedoras soberbias del huracán. Tal como ellos hay también almas de poderosas energías, aptas para todas las victorias, condenadas por la estul-

ticia humana a la inacción paralizadora de los horizontes mezuquinos...

Unos cuantos niños se hallan frente a la casa de los monos. Los móviles cuadrumanos saltan a los trapecios, se mecen, se estiran, se doblan en ejercicios dignos del más hábil acróbata. Una chucuela de familia rica, deliciosa bajo su amplia cabellera castaña, les arroja una moneda de plata, luego otra. El morenito que está al lado, vendedor de diarios, mira las monedas, mira a la niña y queda pensativo. Calcula sin duda lo que él haría con ese dinero. Un mono toma las dos piezas, las frota contra el suelo, las golpea, las observa y al fin las deja desdeñosamente en un rincón, volviendo a sus ejercicios funambulescos. El chico se aleja meditabundo...

Cerca de los leones. La hembra dormita; el macho se pasea como con el orgullo de ser el más hermoso ejemplar de todas las colecciones zoológicas. A ratos se detiene y sus grandes ojos amarillentos contemplan a la distancia el cruce raudo de un tren. En el pequeño lago, donde el cielo vierte su radiosa serenidad, dentro del bote, un robusto muchacho, de tipo sajón, boga. Su temperamento de *sportman* le impulsa tal vez a buscar en cualquier sitio, hasta en el menos apropiado, diversiones musculares.

La barca, contenida dentro de tan reducido circuito, voltea sin tregua; así pasa y repasa debajo del puente. En el lugar de ella bien estaría allí una pareja de cisnes, poniendo sobre el agua tranquila la imperial blancura de su plumaje... A lo lejos, un espacio de pradera descubre el horizonte, a cuya parábola, entre púrpuras y violetas llameantes, descende el sol. Y regreso, turbando con mi presencia amorosos idilios, celebrados en el misterio de quioscos diminutos cubiertos de follaje.

Cuando salgo luego al "Paseo Colón" se inicia el ocaso con suntuosidades onnícromas. Por los dos camellones centrales de la avenida —cuyo comienzo lo marcan a la izquierda el palacio museo y a la derecha el artístico laboratorio de química— concurrencia de señoras y de niños, describe, con lento andar, su acostumbrada elipse. Grupos de mozas circulan en dirección contraria. Algunos, novios o amigos, se acercan a ellas... No es día de fiesta y la ausencia de la banda de música evita el amontonamiento popular en torno de los ejecutantes. Desde una banca observo las

figuras. Avanza una esbelta, grácil, con flexibilidades serpentinas, en traje verde, de mar. Es rubia; bajo la delicada sedeña del cutis se transparenta como una luz rósea y de toda ella emerge la distinción suprema de su aristocracia colonial. Cruza otra, pálida bajo la borda negra de sus cabellos. Viste de blanco; su andar es pausado y rítmico, sus gestos lánguidos; su actitud evoca el oriente arábigo. Linda y risueña la que llega; en su cuerpo la infancia aún no se declara vencida y la juventud no triunfa por completo; pero en esos contrarios crepúsculos de dos edades hay un espléndido brote de contornos núbiles, una suave irradiación de gracia espiritual. Viene otra, vestida de rojo sombrío. Su tipo es el del más puro criollo; sus grandes ojos oscuros están llenos de ensueño, como con el anhelo de conocer el secreto de la vida. Todavía desfilan diez, veinte... La belleza de la tarde derrama su prestigio sideral sobre todas esas plásticas vivas, y aparecen ante los ojos contempladores con encanto inefable, tan como en otro tiempo, en el ágora, ante la multitud reverente de la ciudad artista.

“Chair de la femme, argile idéale, ó merveidelle.”

Nobleza de la línea en la más noble de las formas, ¡la femenina arquitectura! Resistiendo a los mil cambios del artificial ropaje y a las mil fusiones de las distintas razas, al través de las épocas seculares, bajo los diversos climas, hoy como en el primer día del mundo, en cada florecimiento de mujer perdura incólume el arquitecto inicial, extraído de la materia inerte por la divina mano del Creador. Así, la limeña como la bonaerense, la española como la francesa, y éstas y las otras como la griega del siglo magnífico, serán siempre, en su adorable euritmia, la síntesis maravillosa de todas las armonías y de todos los esplendores del cosmos ...

La noche se filtra ya por entre las nieblas vespertinas. El claro-oscuro crepuscular, poco a poco, apaga las tonalidades de las telas, el relieve de los cuerpos. Las figuras circulantes pierden su densidad, palidecen, se inmaterializan, adquieren ligerezas aéreas trazando ahora rondas de siluetas fantásticas.

En el occidente, la muerte del sol dejó un gran incendio rojo, prolongado hasta la mitad del firmamento en desvanescencias de carmín. De allá —mientras la sombra se espesa y la concurrencia se aclara en el desbande de retorno— se desprende una nube de oro, surca el azul con rumbo a lo infinito ...

*Darío Herrera.*

Lima, agosto 1904. *El Heraldo del Istmo*, núm. 20, de 3 de noviembre de 1904.

## BIBLIOGRAFÍA



- ALONSO, AMADO: *Ensayo sobre la Novela Histórica. El Modernismo en la Gloria de Don Ramiro*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1942.
- AMBROGI, ARTURO: *Muestrario*. Ministerio de Cultura, San Salvador, 1955.
- AMBROGI, ARTURO: *Marginales de la Vida*. Prólogo de Juan Ramón Uriarte, San Salvador, 1912.
- AMBROGI, ARTURO: *Páginas Escogidas*. San Salvador, 1958.
- ANTOLOGÍA PANAMEÑA: *Verso y Prosa*. Editorial La Moderna, Quijano y Hernández, Panamá, Biblioteca de Autores Nacionales, s. a.
- ARÉVALO MARTÍNEZ, RAFAEL: *Maya*. Plafón de José Santos Chocano, Guatemala, C. A., 1911.
- ARÉVALO MARTÍNEZ, RAFAEL: *Ecce Pericles*. Prólogo de Julio Bianchi, Guatemala, C. A., 1945.
- ARÉVALO MARTÍNEZ, RAFAEL: *El Hombre que parecía un Caballo y otros Cuentos*. Compañía General de Artes Gráficas, Madrid, 1931.
- ARÉVALO MARTÍNEZ, RAFAEL: *35 Poemas*. Estudio de Santiago Argüello, Colección Literaria de la *Revista Iberoamericana*, Méjico, 1944.
- ARÉVALO MARTÍNEZ, RAFAEL: *Obras Escogidas. Prosa y Poesía. 50 años de Vida Literaria*. Prólogo de Carlos Martínez Durán, Guatemala, 1959.
- ARGÜELLO, SANTIAGO: *Ojo y Alma*. Prefacio de Vargas Vila, Librería de la Viuda de Ch. Buret, París, 1908.
- ARGÜELLO, SANTIAGO: *Modernismo y Modernistas*, t. I, Guatemala, 1935.
- ARGÜELLO, SANTIAGO: *Siluetas Literarias*. León, Nicaragua, 1898.
- ARGÜELLO, SANTIAGO: *Ritmo e Idea*. Barcelona, Ed. Manucci, s. a.
- ARGÜELLO, SANTIAGO: *Poesías Escogidas y Poesías Nuevas*. Guatemala, C. A., 1935.
- BLANCO FOMBONA, RUFINO: *El Modernismo y los Poetas Modernistas*. Madrid, 1929.
- CAILLET BOIS, JULIO: *Antología de la Poesía Hispanoamericana*. Ediciones Aguilar, Madrid, 1958.
- DARÍO, RUBÉN: *Poesías Completas*. Edición, Introducción y Notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1954.
- DARÍO, RUBÉN: *Obras Completas, Crítica y Ensayo*, t. I, Afrodísio Aguado, S. A., Madrid, 1953.

- DARÍO, RUBÉN: *Obras Completas. Semblanzas*, t. II, Afrodisio Aguado, S. A., Madrid, 1953.
- DARÍO, RUBÉN: *Obras Completas. Viajes y Crónicas*, t. III, Afrodisio Aguado, S. A., Madrid, 1953.
- DARÍO, RUBÉN: *Obras Completas. Cuentos y Novelas*, t. IV, Afrodisio Aguado, S. A., Madrid, 1953.
- DARÍO, RUBÉN: *Obras Completas. Poesía*. Introducción de Pablo Antonio Cuadra. Afrodisio Aguado, S. A., Madrid, 1953.
- DEL SAZ, AGUSTÍN: *Nueva Poesía Panameña*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1954.
- DEL SAZ, AGUSTÍN: *La Poesía Hispanoamericana*. Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1948.
- DÍAZ PLAJA, GUILLERMO: *Modernismo Frente a Noventa y Ocho. Una Introducción a la Literatura del Siglo XX*. Espasa Calpe, Madrid, 1951.
- EACHEVERRÍA, AQUILEO: *Concherías, Romances, Epigramas y otros Poemas*. Editorial Universitaria. Prólogo de Rubén Darío. Trejos Hermanos, San José de Costa Rica, 1953.
- ERAZO, SALVADOR L.: *Parnaso Salvadoreño*. Barcelona, Editorial Maucci, S. A.
- ESPINOSA, FRANCISCO: *Cien de las Mejores Poesías Líricas Salvadoreñas*. El Salvador, 1951.
- FERNÁNDEZ, SALVADOR: *Gramática Española. Los Sonidos, el Nombre y el Pronombre*. Manuales de la Revista de Occidente, Madrid, S. A.
- FERRERES, RAFAEL: *Teoría de la Literatura y Gramática Histórica del Español*. Editor López Mezquida, Valencia, 1946.
- FLORIT, EUGENIO, y ANDERSON IMBERT: *Literatura Hispanoamericana. Antología e Introducción Histórica*. Holt, Rinehart and Winston, Inc. New York, Estados Unidos de Norteamérica, 1960.
- GIL Y GAYA, SAMUEL: *Curso Superior de Sintaxis Española*, 2.<sup>a</sup> edición, corregida y ampliada, Editorial Spes, Barcelona, 1948.
- GÓMEZ CARRILLO, ENRIQUE: *Del Amor, del Dolor y del Vicio*, Madrid, 1898.
- GÓMEZ CARRILLO, ENRIQUE: *Jerusalén y la Tierra Santa*. Editorial Renacimiento, Madrid, 1923.
- GÓMEZ CARRILLO, ENRIQUE: *Treinta años de vida*. Editorial Cosmópolis, Madrid, 1931.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1949.
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: *Breve Historia del Modernismo*. 1.<sup>a</sup> edición. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1954.
- HERNÁNDEZ, GASPAR OCTAVIO: *Iconografías*. Imprenta Esto y Aquello, Panamá, 1916.
- HERNÁNDEZ, GASPAR OCTAVIO: *La Copa de Amatista*. Edición póstuma, Compilado y seleccionado por Demetrio Korsi, Panamá, 1923.

- HERRERA, DARÍO: *Horas Lejanas*. Imprenta de Comi Hnos., Buenos Aires, 1903.
- HURTADO, JUAN, y GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL: *Historia de la Literatura Española*, t. II, IV edición, corregida y aumentada, Madrid, 1940.
- IBARRA, CRISTÓBAL HUMBERTO: *Francisco Gavidia y Rubén Darío. Semilla y Floración del Modernismo*. El Salvador, 1957.
- KORSI, DEMETRIO: *Antología de Panamá. Parnaso y Prosa*. Barcelona, Editorial Maucci, 1926.
- LAPESA, RAFAEL: *Introducción a los Estudios Literarios*. Editorial Rauter, S. A., Barcelona, 1947.
- MIRÓ, RODRIGO: *Cien años de Poesía en Panamá (1852-1952)*. Panamá, 1953.
- MIRÓ, RODRIGO: *La Literatura Panameña. Breve recuento Histórico*, Panamá, 1946.
- MIRÓ, RODRIGO: *Teoría de la Patria*. Notas y Ensayos sobre la Literatura Panameña, seguidos de tres ensayos de interpretación histórica. Buenos Aires, 1947.
- MIRÓ, RODRIGO: *El Cuento en Panamá*. Panamá, 1950.
- MIRÓ, RICARDO: *Antología Poética (1907-1937)*. Prólogo de Rodrigo Miró. Edición Homenaje. Panamá, 1937.
- MONTEZUMA DE CARVALHO, JOAQUÍN: *Panorama das Literaturas das Américas*, vol. III, Municipio de Nueva Lisboa, Angola, 1960.
- NAVARRO TOMÁS, TOMÁS: *Fonética Española*. Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Miguel de Cervantes", Madrid, 1959.
- NEUEA POESÍA NICARAGÜENSE: *Introducción* de Ernesto Cardenal. Selección y notas de Orlando Cuadra, Madrid, 1949.
- PANERO, LEOPOLDO: *Antología de la Poesía Hispanoamericana. Desde sus comienzos hasta Rubén Darío*. Editora Nacional, Madrid, 1944.
- PRANPOLINI, SANTIAGO: *Historia Universal de la Literatura*. Volumen undécimo, en español. Traductor: Dante Ponsanelli, Uteha, Argentina, 1941.
- DE PAVILLA, ROSARIO: *Antología. Poetas Costarricenses*. Talleres Gráficos, La Tribuna, Costa Rica, 1946.
- OLIVER BELMAS, ANTONIO: *Este Otro Rubén Darío*. Prólogo de Francisco Maldonado de Vara, Barcelona, 1960.
- SECO, RAFAEL: *Manual de Gramática Española*. Nueva edición revisada, Introducción de Manuel Seco, Aguilar, Madrid, 1960.
- SEQUEIRA, DIEGO MANUEL: *Rubén Darío. Criollo*. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1945.
- SOBEJANO, GONZALO: *El Epteto en la Lírica Española*. Biblioteca Romántica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1956.
- SOTO HALL, MÁXIMO: *La Niña de Guatemala*. El idilio trágico de José Martí, Guatemala, A. C., 1942.

- TAMAYO Y RUBIO, JUAN: *Teoría y Técnica de la Literatura*. Sexta edición, Madrid, 1943.
- TORRES, EDELBERTO: *Enrique Gómez Carrillo, el Cronista Errante*. Méjico, 1956.
- TORRES, EDELBERTO: *La Dramática Vida de Rubén Darío*. Segunda edición, Méjico, 1956.
- TORRES, RÍOSECO, ARTURO: *La gran Literatura Iberoamericana*. Editores, S. A., Buenos Aires, 1945-1951.
- TORUÑO, JUAN FELIPE: *Desarrollo Literario del Salvador. Ensayo Cronológico de Generaciones y Etapas de las Letras Salvadoreñas*. 1.ª Edición, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, El Salvador, C. A., 1958.
- UGARTE, MANUEL: *Las Nuevas Tendencias Literarias*. F. Sempere y Cía., Valencia, 1908.
- UGARTE, MANUEL: *La Joven Literatura Hispanoamericana*. Antología de Prosistas y Poetas. Librería Armand Colin, París, 1906.
- VALBUENA PRAT, ANGEL: *Historia de la Literatura Española*. Sexta edición, revisada y ampliada. Editorial Gustavo y Gilí, S. A., t. III, Barcelona, 1960.
- VELA, DAVID: *Literatura Guatemalteca*. 2.ª Edición, Guatemala, C. A., 1944.

NOTA: Además de los libros anotados en la Bibliografía se han consultado los siguientes periódicos y revistas:

*Diario de Panamá* del 10 de agosto de 1920.

*El Cronista*, núms. 1.707, 1.736, 1.949, 1.996, 2.022.

Biblioteca de Cultura Nacional de Guillermo Andreve.

*Revista Lotería*, núm. 47, del año 1947.

## ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
NOTA PRELIMINAR ... ..	9
CAPÍTULO I	
LA FUERZA INNOVADORA DEL MODERNISMO	
Características generales ... ..	13
Valor actual del Modernismo ... ..	17
CAPÍTULO II	
EL MODERNISMO CENTROAMERICANO Y SUS PRINCIPALES REPRESENTANTES	
NICARAGUA: ... ..	22
Santiago Argüello ... ..	22
GUATEMALA: ... ..	34
Enrique Gómez Carrillo ... ..	35
Rafael Arévalo Martínez ... ..	40
Máximo Soto Hall ... ..	50
EL SALVADOR: ... ..	52
Arturo Ambrogi ... ..	52
OTROS POETAS CENTROAMERICANOS: ... ..	56
Aquileo Echevarría, Ricardo Fernández Guardia, Francisco Gavidia.	56
CAPÍTULO III	
EL MODERNISMO EN PANAMA	
Adolfo García ... ..	63
Cristóbal Martínez ... ..	66
Nicolle Garay ... ..	68
Gaspar Octavio Hernández ... ..	70
León A. Soto ... ..	77
Ricardo Miró Denis ... ..	88
Guillermo Andreve ... ..	97

## CAPÍTULO IV

## DARÍO HERRERA Y EL MODERNISMO

Biografía ... ..	99
Cartas de Darío Herrera a Rubén Darío ... ..	105

## CAPÍTULO V

## LA PROSA MODERNISTA DE HERRERA

Ruptura con el siglo XIX ... ..	113
Los elementos de la oración en la prosa de Darío Herrera ... ..	118
El sustantivo en el Modernismo ... ..	118
El adjetivo y su función de epíteto ... ..	119
El pronombre ... ..	124
El verbo ... ..	125
El gerundio ... ..	127
El verbo y la subordinación ... ..	128
Recursos estilísticos: ... ..	129
Las descripciones ... ..	129
Los crepúsculos ... ..	172
Otros recursos estilísticos de Darío Herrera: ... ..	134
La temática de las narraciones de Herrera: ... ..	137
Novela ... ..	138
Cuentos ... ..	139
Crónicas ... ..	143
Poemas en prosa ... ..	144
Valores modernistas de la prosa de Herrera ... ..	145
Simbolismo ... ..	146
Clasicismo ... ..	146
Musicalidad ... ..	147
Impresionismo pictórico ... ..	148

## CAPÍTULO VI

## LA POESÍA EN LA OBRA DE HERRERA

Temática y Estilo ... ..	151
Diana ... ..	152
Campestre ... ..	153
En el Atlántico ... ..	154
Horas ... ..	156
El Buey ... ..	158
Eros, Lumen, Numen ... ..	161
Post Umbra ... ..	165
Visionaria ... ..	166
Rondel ... ..	169
Conclusiones ... ..	171
Vocabulario ... ..	173

Págs.

## ANTOLOGÍA

## CUENTOS ESCRITOS EN PANAMÁ:

Intangible ... ..	181
Un Ideal ... ..	186

Cuentos de la Colección de *Horas Lejanas*:

La nueva Leda ... ..	190
Intangible ... ..	196

## PARA MUNDIAL:

Año Nuevo ... ..	214
------------------	-----

## POEMAS EN PROSA:

Acuarela ... ..	221
Claro de Luna ... ..	223
Claro de Luna ... ..	225
La Oración de Atenea ... ..	229

## CRÓNICAS:

Croquis Limeño ... ..	235
-----------------------	-----

Bibliografía ... ..	239
---------------------	-----

ÍNDICE ... ..	245
---------------	-----

